

# El empresario ante el presunto final de la crisis

EL VERDADERO EMPRESARIO, EL QUE TIENE VERDADERO AMOR A LA EMPRESA, TIENE HOY UN PAPEL CRUCIAL EN LA SOCIEDAD

RAFAEL ALVIRA

Los datos macroeconómicos mejoran en el mundo, sobre todo en algunos países, como España. Podríamos estar acercándonos al final de la crisis económica más dura de los últimos tiempos. Aunque los mejores estudiosos invitan a no precipitarse en cantar una victoria aún poco consolidada, el moderado optimismo está permitido. Lo que resulta menos seguro es pronosticar cuánto tiempo va a pasar antes de la próxima, y sin duda más grave, crisis que llegará, y sin tardar demasiado tiempo.

No es difícil prever su llegada, dado que los cambios que se han introducido en el sistema económico son procedimentales y superficiales, pero no se ha ido al fondo de los problemas. En las siguientes líneas intentaré mostrar algunas razones que hacen pensar en ello. Los *deseos* en el ser humano son infinitos, pero tienen que ser *medidos*, pues sin un fin, un objetivo, que mide nuestro deseo, no iniciamos ninguna acción. Es habitual entre muchos empresarios y economistas sostener que el beneficio monetario es el fin –y por tanto la medida– de la actividad económica y empresarial. Ahora bien, una cosa es el dinero y otra la moneda. El dinero es una realidad natural y cualitativa: consiste en la capacidad humana de valorar en orden a un posible intercambio. Valorar

es medir. La moneda, por el contrario, es un invento, un producto humano que tiene por función traducir de modo cuantitativo el dinero. Al traducir, a su vez, la cantidad en cifras matemáticas, se consume un paso significativo: lo cualitativo, particular y concreto (el dinero) se convierte en cuantitativo, universal y abstracto (la moneda). Si deseamos algo concreto –sea un objeto o un servicio– valoramos en cada caso la medida de lo que nos parece correspondiente en el intercambio. En realidad, no se puede desear el dinero, pues él se presenta en cada ocasión de una forma distinta y puesto que la capacidad de valorar en orden al intercambio es una cualidad innata en el ser humano, carece de sentido desear lo que ya se tiene.

Otra cosa es desear la moneda. Eso sí se puede, puesto que la moneda no es algo ya incorporado de modo innato a mi ser, sino que es algo que puedo hacer mío, que puedo llegar a poseer y –aquí está el punto– dado su carácter numérico, suscita un deseo que parece limitado en el sentido de que es sólo “deseo de moneda”, pero que es ilimitado, infinito, porque la serie cuantitativa numérica es de por sí infinita.

Es clásica la distinción entre el infinito cualitativo y el cuantitativo. Al infinito cualitativo se le denomina perfección, porque es una realidad a la que no le falta nada para ser lo que es: la rosa es la rosa. En



**El dinero es una realidad natural y cualitativa: consiste en la capacidad humana de valorar en orden a un posible intercambio**

cambio, el infinito cuantitativo se define como “lo que nunca acabarás de alcanzar plenamente”, porque siempre deja algo más fuera de sí. Se trata entonces de la imperfección permanente.

Desear moneda es, por tanto, vivir en la permanente insatisfacción. Siempre nos falta más moneda posible. ¿No podríamos desear una determinada cantidad de moneda, y nada más? Si se trata de la cantidad para pagar

algo concreto que deseamos, efectivamente esa cantidad nos basta, pero entonces estamos hablando de dinero, y la moneda es un instrumento a su servicio. El problema es cuando la moneda deja de ser un instrumento al servicio del dinero, para convertirse en fin en sí misma. ¿Qué significa esto?



La moneda ya no sirve sólo para el intercambio, sino para generar trabajo y, con ello, riqueza

obseso por la moneda es siempre persona triste, y astuta para el corto plazo, pero obtusa para el verdadero saber.

Si pensamos que la vida humana consiste en la tríada “poder-reconocimiento social-placer” nos encontramos con que para tenerla de verdad la hemos de tener con seguridad. Ahora, para estar seguros debemos tener siempre más que los demás y, todavía más, aumentar nuestra moneda hasta que me pueda asegurar la vida para siempre. Pagar la congelación de mi cadáver hasta que la ciencia me reviva, etc. En realidad, “el frenesí del dinero” –en brillante expresión de Nicolas Grimaldi– no puede tener otro sentido que el de convertir mi vida temporal mortal en vida temporal inmortal.

No puede haber otra explicación de fondo, pero como dicho tipo de explicaciones nos pone en dificultades interiores, es mejor –se piensa– no planteárselas. Se dice entonces –y no sin cierta razón, como es claro– que la avaricia es mala consejera. ¿Guardar moneda? Pero si la moneda son cifras matemáticas fijas, mientras que la vida es variación y avance, la vida sigue. Lo que se debe hacer es invertir moneda. Ello comporta notorias ventajas: se crece y se prepara el futuro. La moneda ya no sirve sólo para el intercambio, sino para generar trabajo y, con ello, riqueza.

¿Para qué invertir en moneda? Para generar riqueza. El problema es que no sabemos si se generará algo digno de ser valorado, y si no lo hay entonces o el que ha trabajado lo ha hecho por nada, o el que ha invertido no va a recibir nada. Se añade: si no se arriesga, no se puede hacer nada en la vida. Pero es obvio que no es lo mismo arriesgar de modo prudente que como un loco.

Y aquí aparecen los problemas de fondo. El que invierte con la mentalidad ahora apuntada tiene miedo a perder su moneda. Y el que trabaja, con la misma mentalidad, con lo que le han dejado, tiene miedo a no conseguir resultados. El miedo se convierte entonces en un tirano de la vida. Por un lado, empuja a conseguir todo tipo de seguros, con lo que se gasta buena parte de lo conseguido en algo improductivo, pero por otro y sobre todo, confunde las mentes y lleva a subordinar toda la vida a la consecución de los objetivos monetarios propuestos.

Lo más grave es que esta tiranía del miedo a perder o no ganar moneda se convierte a medio y largo plazo en un gusano que corroe todo el sistema económico. En efecto, si no hay población, y población educada, es imposible no ya desarrollar, sino mantener la economía misma. Pero el miedo contrae, y la consecuencia primera es el descenso inexorable de la natalidad, favorecido además por el constante cambio de lugar y de posición profesional al que se ven sometidas las personas en un mundo dominado por el frenesí monetario. Y porque es difícil mantener en el mismo lugar y con tiempo suficiente para dedicar a sus hijos, a un hombre y una mujer. El menosprecio de la familia, que es sin embargo la verdadera medida de toda economía, acabará pagándose con la destrucción de la economía misma. Porque además, los hábitos imprescindibles para la economía sólo se pueden aprender en familia: respetar los bienes ajenos, respetar y ayudar a los demás, saber tratar con los otros, trabajar con sentido, ahorrar, invertir por el bien familiar, etc. Sobre todo, sin verdadera familia desaparecen dos elementos fundamentales y

parece de sentido desear tener cifras monetarias, por muy altas que sean. Platón vio muy bien el tema: nadie busca la moneda por sí misma, sino lo que la moneda le puede dar, pues ella no es más que un “medio universal” para facilitar los intercambios. ¿Y qué nos puede dar? Las tres cosas que están a nuestra posible disposición en este mundo: poder, reconocimiento social y placer. Lo que no puede es darnos por sí misma ni felicidad, ni saber. Por eso, el

de aprendizaje difícil: el recto sentido del poseer y el del bienestar, falto de los cuales la economía está sentenciada.

El frenesí del dinero se prepara también su propia muerte en la medida en que introduce como símbolo y paradigma fundamental para la vida humana la riqueza. La utopía liberal-capitalista tiene como es bien conocido su núcleo en la tesis según la cual no es fácil que las personas lleguen a ser virtuosas, pero lo que es seguro es que habrá paz social cuando todos sean ricos. El primer paso: que todos tengan algo que perder si rompen la paz, y así no la romperán. El segundo: en el infinito de la riqueza la envidia desaparece y, con ello, la paz está asegurada.

El problema está en que del mismo modo que no llegó a la sociedad sin clases comunista –porque era utópica– tampoco llega la sociedad opulenta capitalista –más bien la pobreza se extiende, a pesar del falseamiento de las estadísticas– y la gente se está empezando a cansar. A partir de finales del siglo XVIII el liberalismo capitalista generó una izquierda socialista estatista, formada por aquellos que no veían la riqueza llegar a sus bolsillos. Fallecido el socialismo de Estado por su ineficacia y su menosprecio de la libertad real, era fácil pronosticar para el mundo globalizado de nuestros días que –dada la negativa de los grandes empresarios y economistas a pensar en profundidad– aparecería una nueva izquierda más planetaria y sobre todo más radical que el viejo socialismo. Los signos de su surgimiento se empiezan ya a ver por todas partes, en todos los movimientos “antisistema”, y en los radicalismos democráticos estilo “gender” o ecologistas.

El frenesí del dinero se prepara también su propia muerte en la medida en que introduce como símbolo y paradigma fundamental para la vida humana la riqueza

Pero todavía hay otro aspecto a través del cual el sistema dominante hoy busca su legitimación, aspecto por cierto que había sido de igual modo relevante para el socialismo marxista. Se trata de las exigencias estructurales que para la vida social marca el desarrollo de la técnica. Para Marx no había duda de que en la sociedad sin clases ya no habría que trabajar, pues las máquinas lo harían todo. Paradójico, que una filosofía del trabajo como la suya asegure que se llegará de manera necesaria a una situación –la sociedad sin clases mecanizada– en la que ya no hará falta trabajar.

En cambio el liberal-capitalismo se mantiene sobre la tesis de que el desarrollo de la riqueza –que arreglará todos los problemas– requiere el desarrollo de la técnica y la ciencia aplicada, las cuales exigen grandes inversiones y gran cantidad de trabajo, y no es fácil ponerle un límite a todo ello, pues el deseo infinito antes mencionado no lo permite. Sin embargo, como por el momento no parece fácil evitar la muerte de cada persona, y una vida dedicada obsesivamente a trabajar para aumentar la cantidad de bienes, pero sobre todo la cantidad de moneda, no parece llenar la vida de felicidad, el horizonte de la mayoría es dedicar algunos años últimos en la vejez a “gozar plenamente de la vida”, es decir, a dejar de trabajar.

El problema lo tienen los que no han podido gozar de la sociedad sin clases en la que esperaban, ni tampoco han tenido suerte con sus inversiones, si es que han podido hacerlas, ni han recibido tanto dinero por su trabajo como para gozar de esos felices años. Sin embargo también a ellos se les da una oportunidad de gozar de la vida antes de llegar al momento en que serán modestos rentistas: no sólo se



les da, sino que se les anima a ello. Se trata de endeudarse.

Si sumamos las deudas de los que quieren gozar de la vida sin poder hacerlo a las de los que emprenden negocios o montan empresas sin medir suficientemente el riesgo, a los que realizan costosas investigaciones que dan espléndidos resultados en los ratones y nada más, a las de los Estados que gastan porque así presuntamente lo exige la política o la corrupción, al gran número de piratas expertos en matemática financiera que han aparecido en un mundo económico infinito y sin

